



SANDRA BROWN

Ocho en el Paraíso

Belle Terre es un gran imperio de explotación forestal, situado en Heaven al sur de los Estados Unidos, y un semillero de pasiones prohibidas, traiciones y deseos inconfesables.

Schyler Crandall, hija adoptiva del poderoso amo de la hacienda, abandona el hogar al sufrir la mayor vejación de su vida: su hermana anuncia en público que está esperando un hijo del novio de Schyler.

Seis años después de su partida, la joven regresa porque su padre está al borde de la muerte. De inmediato, se ve involucrada en una maraña de intrigas, provocadas por la codicia de su hermana y por las deudas de juego de su exnovio y ahora cuñado, que la empujan a tomar las riendas del negocio para evitar la ruina familiar.

De este modo va descubriendo que Belle Terre es un nido de víboras y que detrás de cada personaje se oculta la ambición, el adulterio e incluso el crimen. Pero Schyler descubrirá también el amor, un amor apasionado y turbulento que durante muchos años había estado latente en su corazón.

1

Al principio no estaba segura de que fuera real. Se había adormecido, con la cabeza apoyada sobre el brazo doblado, que se le había dormido y empezaba a dolerle. Se despertó y abrió los ojos, se estiró lánguidamente y giró la cabeza. Fue entonces cuando le vio y se olvidó inmediatamente de su incomodidad.

Pensó que era un engaño de su mirada desenfocada o producto de la modorra de la tarde y el aburrimiento del verano. Pestañeó varias veces, pero la imagen permanecía.

La silueta de su cuerpo era tan detallada como si estuviera recortada en cartón negro con una tijerita de uñas y se dibujaba contra un sol que se ponía ostentosamente. El horizonte estaba cubierto de rayas tan alegres como las del turbante de un sultán, desplegando la más viva gama de tonalidades del bermejo al dorado.

Como los pinos, que se erguían con majestuosidad cual centinelas, él permanecía quieto. Las ramas de los árboles estaban inmóviles, no había ni un hálito de aire. Por encima de donde estaba tumbada Schyler, caían hilos de musgo de las esparcidas extremidades del roble, con un aspecto más desolador de lo que era habitual, como lamentando el implacable calor húmedo.

Aquella forma inmóvil era sin lugar a dudas masculina, como su postura. ¡Ah! Sí, la postura era definitivamente, arrogantemente masculina. Tenía una rodilla doblada y la cadera ligeramente desviada.

Era intimidante despertarse de una siesta y descubrir a alguien a menos de veinte metros mirando con el silencio y la paciencia de un depredador. El desconcierto era doble al ver que este alguien era un macho seguro de sí mismo y engreído que, por si fuera poco, miraba como si tú fueras el intruso.

Más inquietante era la azada que tenía sobre los hombros, aunque parecía inocua. El hombre tenía las muñecas en el mango y movía las manos despreocupadamente. En las calles de Londres, un individuo con una azada en el hombro llamaría la atención, pero en el campo de Luisiana y en verano era una cosa normal.

Sin embargo, en esta parte de Belle Terre no había más que un pequeño campo de cebollas. Los campos donde los aparceros cultivaban sus vegetales estaban a muchos kilómetros, por lo que Schyler tenía motivos para alarmarse. El sol se estaba poniendo, ella estaba sola y, hablando en términos relativos, muy lejos de casa.

Debería desafiarlo, preguntarle quién era y qué hacía en sus propiedades, pero no dijo nada, quizá porque parecía formar parte de Belle Terre más que ella misma. Él estaba diluido en el paisaje, formaba un todo con él. Ella, en comparación, parecía estar fuera de lugar.

No sabía cuánto rato hacía que se estaban mirando. Al menos, pensó ella, se estaban contemplando el uno al otro. No podía verle la cara y aún menos descubrir qué era lo que observaba con tanto interés, pero el instinto le dijo que la estaba mirando a ella y que llevaba mucho rato haciéndolo. Esta idea turbadora la impulsó a actuar. Se incorporó en el asiento. Él empezó a andar hacia ella.

Sus pasos casi no rozaban la hierba, avanzaba silenciosa y sinuosamente, bajando la azada del hombro y cogiendo el largo mango con las dos manos.

Todas las instrucciones para la defensa personal que Schyler había oído en su vida se replegaron cobardemente en los rincones más remotos de su mente. No podía mover-

se ni hablar. Intentó inspirar profundamente para poder gritar, pero el aire era tan denso como las arenas movedizas.

Instintivamente se lanzó contra el macizo tronco del árbol y cerró los ojos con fuerza. Su última impresión fue la de la afilada hoja de la azada centelleando por los rayos de sol que quedaban, mientras bajaba con rapidez formando un arco y produciendo un ruido sordo al aterrizar. Esperó que la asaltara el dolor de la agonía antes de rendirse a la muerte, pero no llegó.

—¿Ha terminado la siesta, *pichouette*? —Schyler abrió los ojos, admirada de seguir con vida.

—¿Qué?

—¿Ha terminado la siesta, señorita Schyler?

Se protegió los ojos de la brillante puesta de sol con la mano pero seguía sin poder distinguirle la cara. Sabía su nombre. Su primer idioma había sido un dialecto cajún. Aparte de esto, no tenía ni idea de quién era.

Las serpientes salían de sus escondrijos. Le habían enseñado de pequeña a considerarlas a todas venenosas y este razonamiento parecía aplicable a aquella situación.

El ruido sordo lo había provocado la afilada hoja de la azada al cortar la hierba. Ahora el hombre estaba inclinado, apoyándose en la azada, con las dos manos en el lado grueso de la hoja y la barbilla apoyada en las manos. Pero aquella postura benigna no le hacía menos peligroso.

—¿Me conoce? —le preguntó.

Unos labios saturninos parecieron abrirse durante un instante. Aquella sonrisa fugaz no era una sonrisa de buena fe, demasiado sardónica para ser auténtica.

—No es extraño, todo el mundo sabe en Laurent Parish que la señorita Schyler Crandall ha regresado de Londres.

—Sólo por una temporada y debido al ataque de corazón sufrido por mi padre.

Él se encogió de hombros, indiferente a sus idas y venidas. Girando la cabeza, echó una mirada al sol que se ocultaba rápidamente y sus ojos lo reflejaron como las aguas in-

móviles de un lago cuando la luz incide en el ángulo adecuado. En aquella hora del día, la superficie del agua parece tan sólida e impenetrable como el hierro, como sus ojos.

—No repito cotilleos, señorita Schyler. Sólo los escucho y presto atención cuando oigo algo que me puede afectar.

—¿Qué está haciendo usted aquí? Echó la cabeza hacia atrás.

—Miraba cómo dormía.

—Antes de eso —le dijo fríamente.

—Cogía raíces —dijo dando un golpecito al bolsillo de piel que llevaba colgando del cinturón.

—¿Raíces? —aquella respuesta no tenía ningún sentido y su actitud caballeresca la irritaba—. ¿Qué tipo de raíces?

—No importa. Usted nunca habrá oído hablar de ellas.

—Está violando un terreno privado. No tiene nada que hacer aquí en Belle Terre.

En el silencio que siguió, los insectos zumbaban ruidosamente. Él no dejó de mirarla ni un instante y, cuando respondió, su voz era tan suave y esquiva como la deseada brisa.

—Oh, claro que sí, *pichouette*. Belle Terre es mi casa. — Schyler alzó la cabeza hacia él.

—¿Quién es usted?

—¿No se acuerda?

Entonces cayó en la cuenta.

—¿Boudreaux? —dijo susurrando. Después tragó saliva, sin sentirse aliviada en absoluto por saber con quién estaba hablando—. ¿Cash Boudreaux?

—¡Bien! Ahora ya me reconoce.

—No, no lo había reconocido. El sol me daba en los ojos y, además, hacía años que no le veía.

—Es más, tenía una buena razón para no recordar —murmuró él con satisfacción burlona cuando ella desvió la vista, incomodada—. Si no me reconoció, ¿cómo sabía quién era?

—Porque es la única persona que vive en Belle Terre y no es...

—Un Crandall.

Schyler movió la cabeza como buscando a alguien, nerviosa por estar sola con Cash Boudreaux, porque su padre, hacía muchísimos años, les había prohibido a su hermana Tricia y a ella que hablaran con él.

La madre de aquel hombre era la misteriosa mujer cajún, Monique Boudreaux: vivía en una chabola del Estanque Laurent, que daba al bosque de Belle Terre. Cash, de niño, había tenido acceso a las áreas circundantes pero nunca se le había permitido acercarse tanto a la casa. Dejando, por el momento, este asunto de lado, Schyler le preguntó cortésmente.

—¿Cómo está su madre?

—Murió.

La abrupta respuesta la sorprendió. El rostro de Boudreaux era inescrutable a la caída del día pero, incluso a una hora más temprana, Schyler dudaba de que los rasgos de su rostro hubieran expresado lo que estaba pensando. Nunca había tenido fama de locuaz, siempre le había rodeado la misma aura de misterio que a su madre.

—No lo sabía.

—Fue hace unos años.

Schyler aplastó un mosquito que había aterrizado en su cuello.

—Lo siento.

—Es mejor que vuelva a su casa, si no se la comerán los mosquitos.

Le alargó la mano y ella se la quedó mirando como si fuera algo peligroso: le asustaba tocarla tanto como a una serpiente. Pero sería inconcebiblemente rudo por su parte no permitir que la ayudara a ponerse en pie. En una ocasión había confiado en él, entonces no le había hecho ningún daño.

Le ofreció la mano. La palma del hombre parecía tan dura como el cuero y Schyler notó los callos en la base de los dedos que la tenían cogida amablemente. Tan pronto como estuvo en pie, retiró la mano.

Alisándose diligentemente la falda para disimular su confusión, dijo:

—Lo último que supe de usted es que acababa de salir de Fort Polk y se dirigía a Vietnam. —Él no dijo nada. Ella levantó la cara para mirarlo—. ¿Llegó a ir?

—*Oui*.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—No el suficiente.

—¡Oh! Bien, me alegro de que consiguiera volver. El municipio perdió a varios chicos, allí.

—Supongo que yo era mejor combatiente —dijo encogiéndose de hombros y curvando el labio para imitar una sonrisa—. Pero tampoco tenía otro remedio.

No iba a tomar aquello en consideración. En realidad, estaba intentando pensar algo que diera por finalizada graciosamente aquella incómoda conversación. Antes de que lo consiguiera, Cash Boudreaux le puso la mano en el cuello y le quitó un mosquito que iba en busca de un lugar suntuoso para despachar su cena.

Los dedos de Cash eran rudos, pero Schyler apreció su delicadeza cuándo los sintió descender por su garganta desnuda hacia el pecho. Él esperaba con gran interés su reacción. Su mirada era sensual, sabía qué estaba haciendo: había cometido con descaro algo imperdonable. Cash Boudreaux había tocado a Schyler Crandall... y temía que ella pudiera quejarse.

—Saben cuál es el mejor sitio para picar.

Schyler hizo como si no la conmoviera la insinuante mirada que le lanzaba.

—Sigue tan obstinado como siempre, ¿verdad?

—No quisiera decepcionarla cambiando.

—Me importa poco.

—Nunca le importó.

Sintiéndose duramente desafiada, Schyler enderezó su postura.

—Debo volver a casa. Es hora de cenar. Me alegro de haberle visto, señor Boudreaux.

—¿Cómo está?

—¿Quién? ¿Mi padre? —Él movió la cabeza afirmativamente. Los hombros de Schyler se relajaron un poco—. Hoy no le he visto. Después de cenar, voy a ir al hospital. He hablado por teléfono esta mañana con una de las enfermeras y me ha dicho que ha pasado bien la noche. —La emoción le enronqueció la voz—. Tal como están las cosas, es algo de lo que estar agradecido. Ya le comunicaré que se ha interesado por él, señor Boudreaux —dijo finalmente en su tono más refinado y festivo.

La risa de Boudreaux estalló abrupta y aguda e hizo salir volando a un pájaro del roble.

—No creo que sea una buena idea, a no ser que quiera oír rebuznar al viejo.

Si sus rápidos cálculos eran correctos, Cash Boudreaux se estaba acercando a los cuarenta y, a esa edad, ya debería haber aprendido a comportarse y a no decir algo tan irrespetuoso acerca de un hombre enfermo. La madurez no había hecho evolucionar sus maneras. Era tan vulgar, rudo e indisciplinado como lo fue en la juventud. Su madre no lo había controlado en absoluto, lo dejaba vagar con libertad. De pequeño hacía tantas travesuras que cuando llegó a la escuela superior ya había dejado de ser un gracioso para convertirse en el azote del sistema público de enseñanza. ¡Cielos, Luisiana no había producido nunca un diablo como él!

—Bueno, adiós entonces, señor Boudreaux.

—Buenas noches, señorita Schyler —dijo él, inclinándose en una pequeña reverencia.

Ella le hizo un gesto frío, más característico de su hermana que suyo, y se fue en dirección a la casa. Sabía que él

la estaba mirando. Al llegar a una distancia prudente, miró hacia atrás. Estaba inclinado contra el tronco del roble, de un grosor tal que doce hombres cogidos de la mano no podrían rodearlo por entero. Schyler vio cómo encendía una cerilla que iluminaba la oscuridad; el enjuto rostro de Boudreaux quedó brevemente iluminado cuando alzó la cerilla hasta la punta del cigarrillo. Luego la apagó y el aroma del sulfuro recorrió las corrientes de humedad del golfo hasta llegar al escondite de Schyler.

Cash aspiró el cigarrillo profundamente. La punta brillaba enrojecida, como un ojo de Polifemo pestañeando en las profundidades del infierno.

2

Schyler corría entre los árboles tropezando con las densas matas del suelo, ansiosa por llegar a la seguridad de la casa. En el puente crujiente, tenía la cabeza rodeada de una nube de mosquitos zumbantes. El puente atravesaba el superficial riachuelo que separaba el bosque del acicalado césped que rodeaba la casa como un delantal limpio.

Al llegar a la alfombra esmeralda de densa hierba de San Agustín, Schyler se detuvo para recuperar la respiración. El aire de la noche estaba más perfumado que un vendedor ambulante de *Bourbon Street*. El riachuelo estaba flanqueado por madreSelva, y por los alrededores florecían gardenias, rosas silvestres y magnolias.

Schyler clasificó aquellos olores resurgidos de su infancia; cada uno equivalía a un recuerdo especial. Los aromas le eran dolorosamente familiares, aunque ya hacía tiempo que había dejado atrás la niñez y no había puesto el pie en Belle Terre durante seis años.

No había ningún jardín inglés que oliese de ese modo, como su casa, como Belle Terre. Nada olía así. Si fuera ciega y la llevaran a Belle Terre, lo reconocería inmediatamente por el olor y los ruidos.

El coro nocturno de ranas y grillos iba en aumento. La sección de bajos resonaba en el fondo pantanoso del riachuelo, la sección de sopranos en las ramas altas. En el espolón, a más de un kilómetro de distancia, un tren de mercancías silbaba con insistencia. No había sonido más triste que aquél.

Schyler, cerrando los ojos y reclinándose en el amplio tronco de un pino, se dejó invadir por las sensaciones. Cruzó los brazos sobre el pecho y se abrazó, casi como si tuviera miedo de abrir los ojos y despertar de un sueño para descubrir que no estaba en Belle Terre, en pleno verano, sino en Londres, amortajada por una niebla invernal helada.

Pero, cuando abrió los ojos, vio la casa, pura y blanca como un terrón de azúcar, irguiéndose serenamente en medio del claro, dominándolo como una gema en el centro de una tierra. La luz amarilla de la lámpara, difuminada por las pantallas, salía de las ventanas, y se proyectaba hacia la amplia galería. A lo largo del porche había seis columnas, tres a cada lado de la puerta principal, que sostenían un balcón en la segunda planta. No era un balcón de verdad, sólo una fachada, como Tricia observaba frecuentemente con testarudez. Pero a Schyler le gustaba de todos modos. En su opinión, el falso balcón era necesario para la simetría del diseño.

La galería rodeaba los cuatro lados de la casa. Estaba cerrada con mamparas por la parte de atrás, que la convertían en lo que antes se había llamado porche dormitorio. Schyler recordaba haber oído a su madre, Macy, hablando de lo bien que lo había pasado allí de pequeña cuando los Laurent celebraban las fiestas familiares y todos los primos y primas dormían esparcidos sobre jergones.

Personalmente, Schyler siempre había preferido la galería abierta. Había sillas de mimbre, de un color que hacía juego con la casa, colocadas estratégicamente de modo que, se sentase uno donde se sentase, pudiera disfrutar de una vista particular del jardín. No había nada que ofendiera la vista, cada rincón era digno de una postal.

El columpio que había colgado Cotton en el porche para que jugaran Tricia y Schyler estaba en una esquina de la galería. A cada lado de la puerta principal había unos hele-

chos gemelos de Boston plantados en dos tiestos idénticos. Veda estaba muy orgullosa de aquellos helechos y se enfadaba cada vez que alguien pasaba demasiado rápido y demasiado cerca de ellos. Si alguien rompía una rama al pasar por su lado sin cuidado, se lo tomaba como un insulto personal.

Macy ya no estaba en Belle Terre. Veda tampoco. Y la vida de Cotton pendía de un hilo en el Hospital St. John. Lo único que seguía inamovible y aparentemente eterno era la propia casa, Belle Terre.

Schyler susurró el nombre como si fuese una plegaria mientras se alejaba del árbol. Concediéndose un capricho, se detuvo el tiempo suficiente para sacarse las sandalias y seguir descalza por la hierba fría y húmeda regada aquella tarde por el aspersor automático.

Cuando dejó la hierba para entrar en el camino de conchas apelmazadas hizo una mueca de dolor. Pero era una incomodidad placentera y le hacía evocar otros recuerdos de infancia. Atravesar corriendo el camino de conchas por primera vez cada año había sido un rito obligatorio de primavera. Después de llevar zapatos y calcetines durante todo el invierno, tenía los pies blandos. Cuando ya hacía suficiente calor y Veda le concedía permiso, se sacaba los zapatos y calcetines. Siempre hacían falta varios días para que se le endureciesen las plantas de los pies y pudiese andar todo el tiempo hasta la carretera pública sin tener que detenerse.

El ruido y la sensación del camino de conchas eran familiares, como el crujido de la puerta al abrirse. Se cerró con un golpe tras ella, como sabía que ocurriría. Belle Terre no cambiaba nunca. Era su casa.

Y, de pronto, sintió que ya no lo era. Ya no. No lo era desde que Ken y Tricia lo habían convertido en su casa.

Ya estaban en el comedor, sentados a la larga mesa. Su hermana dejó el vaso de *bourbon* con agua.

—Te hemos estado esperando, Schyler —dijo Tricia con exasperación.

—Lo siento. He ido a pasear y he perdido la noción del tiempo.

—No te preocupes, Schyler —dijo Ken Howell—. No hemos esperado mucho —añadió sonriéndole desde el aparador donde se estaba sirviendo un vaso de una botella de *bourbon* de cristal—. ¿Te sirvo algo?

—Un gintonic con mucho hielo. Hace calor, fuera.

—Hace un día bochornoso. —Tricia, enfadada, se pasó la rígida servilleta de lino por la cara—. Le he dicho a Ken que subiera el termostato del acondicionador de aire. ¡Papá es tan pesado con la factura de la electricidad! Nos hace sudar todo el verano. Ya que él no está, podríamos ponernos cómodos, aunque cuesta siglos enfriar esta casa vieja. ¡Salud! —dijo levantando el vaso en dirección a Schyler cuando Ken le dio su vaso.

—¿Está bien?

Schyler bebió un sorbo pero no levantó los ojos para mirar a Ken cuando contestó:

—Perfecto, gracias.

—Ken, antes de sentarte, ve a decirle a la señora Graves que finalmente Schyler ha hecho acto de presencia y ya nos puede servir.

Tricia le señaló la puerta que comunicaba el comedor para invitados con la cocina. Él le lanzó una mirada de resentimiento pero hizo lo que le había dicho. Cuando Schyler dejó caer sus sandalias al lado de la silla, Tricia dijo:

—Francamente, Schyler, hace pocos días que estás aquí y ya vuelves a caer en las malas costumbres que casi hicieron enloquecer a mamá hasta el día de su muerte. No pretenderás sentarte descalza a la mesa, ¿verdad?

Tricia ya estaba enfadada con ella por haberla hecho esperar. Para mantener la paz, Schyler se agachó y se puso las sandalias.

—No entiendo que no te guste ir descalza.

—Yo no entiendo que te guste a ti. —Aunque Miguel Ángel hubiera esculpido la sonrisa de Tricia en la cara de un ángel, ésta hubiera seguido siendo desagradable—. Está claro que yo llevo sangre aristocrática, mientras que a ti te falta ostentosamente.

—Está claro —dijo Schyler sin rencor. Dio un sorbo de su vaso, saboreando el efecto de la ginebra helada y la punzada del limón.

—¿Te da igual? —preguntó Tricia.

—¿El qué?

—No saber tus antecedentes. A veces te comportas como la gentuza y esto debe de ser porque tus padres eran unos desgraciados.

—Tricia, por Dios —la interrumpió Ken enfadado. Regresando de la cocina, se sentó a la mesa delante de su mujer—. Déjalo ya. ¿Qué importancia tiene?

—Considero que mucha.

—Lo importante es lo que uno hace con su vida, no quién te la dio. ¿No te parece, Schyler?

Yo no pienso nunca en mis verdaderos padres —replicó Schyler—. Bueno, cuando era pequeña, alguna vez lo hacía, sobre todo cuando me sentía herida o me reñían o...

—¿Te reñían? —repitió Tricia incrédula—. No recuerdo que te riñeran ni una sola vez. ¿Cuándo ocurrió exactamente, Schyler? La joven la ignoró y siguió hablando.

—Sentía lástima de mí misma y pensaba que si mis padres de verdad no hubieran permitido que me adoptasen, habría tenido una vida mucho mejor —sonrió melancólicamente—. No era verdad, claro.

—¿Cómo lo sabes? —Tricia hizo girar el cubito de hielo de su vaso con su acicalada uña y luego lamió la yema del dedo—. Estoy convencida de que mi madre pertenecía a la alta sociedad. Sus padres, viejos y ariscos, la obligaron a abandonarme por celos y rencor. Mi padre, probablemente,